

condiciones de ella á solo los trabajos de la guerra, fue la época principal de la decadencia de las penitencias canónicas, que hasta entonces se habian sostenido muy bien. No hubo pecador que no prefiriese á los rigores humillantes de la penitencia pública, los ejercicios militares que creyó equivaler á toda buena obra, y aun á la conversion del corazon.

A fin de separar mas y mas los obstáculos, prohibieron con rigor las guerras particulares que se hacian los señores unos á otros; y acordaron que los bienes, igualmente que las personas de los guerreros peregrinos, quedasen especialmente bajo la proteccion de la Iglesia. Para atraer despues las bendiciones del cielo obligaron á los clérigos á rezar el oficio parvo de la Virgen, que San Pedro Damiano habia puesto en uso entre los monges; y dicen que Urbano II ordenó que el sábado fuese especialmente consagrado á la Virgen nuestra Señora, y que en este dia se hiciese su oficio (1).

Movieron fuertemente los ánimos preparados ya con habilidad las exhortaciones del Papa: un entusiasmo que pareció divino se apoderó de todo el concurso, y en un instante como por inspiracion se oyó en todas partes clamar: *Dios lo quiere, Dios lo quiere*. Entonces el Sumo Pontífice volviendo á tomar la palabra: „hermanos míos, dijo, veis claramente que el Señor se encuentra en medio de los que se reunen en su nombre. ¿Hubierais proferido á una voz el mismo clamor si él mismo no le hubiese puesto en vues-

(1) *Gaufrid. Prior. Voicens.*

tra boca? Esta, pues, será la voz de guerra y de reunion.” Apresurándose por todas partes las gentes á alistarse, presentándose en tropel y confusamente, se convino en una señal de alistamiento, que fue una cruz de tela encarnada que cada uno podria ponerse por sí mismo en el hombro derecho; y de aquí provino el nombre de cruzados y de cruzada. Cualquiera que tomaba la cruz, estaba obligado bajo pena de excomunion á cumplir el voto que hacia de un modo implícito al cruzarse.

El Papa, procurando evitar en cuanto fuese posible todos los desórdenes, añadió, que los viejos, los enfermos y generalmente todos aquellos que no fuesen aptos para las armas, no emprenderian de modo alguno aquel viage. Que tampoco le harian las mugeres casadas sin sus maridos, ni las solteras sin un hermano ú otro hombre igualmente seguro, que pudiese responder de ellas, y que los eclesiásticos no irian sin el permiso de su obispo, de quien hasta los mismos legos deberian tomar la bendicion. El primero que se cruzó fue Aimár ó Ademaro de Monteil, obispo de Pui en Velai, quien por su grande reputacion de prudencia, virtud y doctrina fue nombrado, aunque á su pesar, legado para el ejército de los cruzados.

Termináronse tantos asuntos importantes en Clermont en menos de quince dias. Salió el Papa de allí en 2 de Diciembre, y recorrió, sin embargo de las incomodidades de la estacion, una multitud de provincias, haciendo en todas partes publicar y predi-

car la Cruzada, distribuyendo por sí mismo las cruces. Penetró las montañas salvages de la Auvernia, pasó á San Flor, priorato de Cluny, cuya Iglesia dedicó; despues á Aurillac y al monasterio de Userche, de donde Bernardo primer arzobispo de Toledo, que iba en su comitiva, sacó un monge llamado Burdino, distinguido por unos fatales talentos, que en lo sucesivo se hicieron famosos por el cisma de que fue gefe. Bernardo, nacido tambien en Francia, en donde habia sido monge de Cluny, y de donde sus cualidades superiores le hicieron pasar á la primera silla de España, hizo otras elecciones mas acertadas que la de Burdino, dando otros muchos franceses por pastores á las principales iglesias de que era primado.

42. El Papa siguiendo las correrías de su celo llegó á Limoges dos dias antes de Navidad, y celebró allí esta fiesta: el dia despues de los Inocentes consagró la iglesia catedral, y el dia de San Silvestre la de San Marcial. De aquí pasó á Poitiers á la fiesta de San Hilario en 14 de Enero; y en el principio de Febrero á Angers, donde fijó la salida de los cruzados para la Asuncion de nuestra Señora del mismo año de 1096. Desde Angers fue á Mans, y despues al monasterio del generoso abad Gofredo, esto es, al de la Trinidad de Vandoma, y de aquí á Tours, en donde la prodigiosa concurrencia de fieles de toda condicion que en ninguna iglesia cabian, le redujo á predicar en las orillas del Loira. El cuarto domingo de cuaresma, que en aquel año era el 23 de Marzo,

hizo la bendicion de la rosa de oro como está señalada en el órden romano. Coronóse tambien de palmas segun el uso de Roma, nacido probablemente de que haciéndose la estacion de este dia en la iglesia de santa Cruz de Jerusalem, se llevaba en ella la palma como símbolo de los peregrinos de Palestina. Dió el Papa por honor la rosa á Fulco, conde de Anjou, que se obligó á sí y á sus sucesores á llevarla todos los años en la procesion del domingo de Ramos, de donde provino la costumbre de llevar en ella flores con los ramos, que segun algunos escritores han hecho dar á este dia el nombre de Pascua florida.

Volvió Urbano II á pasar por Poitiers, y fue á celebrar la fiesta de Pascua en Saintes; despues fue á Burdeos, y de allí á Tolosa, en donde el dia 24 de Mayo dedicó la iglesia de San Sernin. Pasó desde Tolosa á Montpellier, y al punto se trasladó á Magüelona, en donde estaba la silla episcopal de aquella diócesi, que permaneció allí hasta el año de 1536. El autor de la historia de los obispos de esta silla, que ocupó él mismo, dice, que este Pontífice consagró toda la isla de Magüelona, y que concedió la remision de los pecados á los que estaban y estuviesen en lo sucesivo enterrados en ella. Pero este historiador, que escribia cerca de doscientos años despues, no es de bastante autoridad para persuadir que un Papa tan grande como Urbano II haya podido dar una absolucion tan inútil á los muertos como contraria á los cánones.



43. Antes de dejar el reino de Francia, Urbano que en su largo y laborioso viage habia arreglado una multitud de negocios concernientes á los particulares, tuvo por último la satisfaccion de ver al Rey Felipe sometido á la autoridad apostólica (1). No pudo este Príncipe, á pesar de la pasion violenta que le unia á Bertrada, sostener por mas tiempo el peso de su vergonzosa cadena, y del justo anatéma en que ella le habia hecho incurrir. Hizo esfuerzos que debieron parecer sinceros para libertarse de él, y de los cuales pudo esperarse mayor perseverancia. Presentóse él mismo en el concilio que el Papa tenia en Nimes despues de haberse separado de su concubina, y prometió no tener mas trato en adelante con ella: el Papa lleno de júbilo le levantó la escomunion; mas este júbilo se disipó bien pronto por la ligereza de Felipe, que no renunció para siempre al objeto de su pasion, sino cuando esta diestra seductora movida ella misma del escándalo y de las turbulencias del reino, consintió voluntariamente en la separacion, que era lo único que podia poner fin á ellas.

Despues del asunto de Felipe y de Bertrada, el objeto mas notable del concilio de Nimes es el que se encuentra decidido en el cánón segundo. Algunos ignorantes llevados de un celo amargo, segun las expresiones propias de los padres de este concilio, tenían á los monges como hombres muertos ya para el mundo, por indignos de las funciones sacerdotales, é incapaces de administrar el bautismo, la pe-

(1) *Tom. 10. Concilior. = Bertold. ann. 1099.*

nitencia y la absolucion. El concilio combate esta preocupacion como un error incapaz de sostenerse, oponiendo á él los egemplos de San Gregorio Papa, de San Agustin el apóstol de los ingleses, y del grande Martin, que tan felizmente pasaron del estado monástico al episcopado. Es verdad que dejaban sus soledades y volvian á entrar en el trato ordinario con los fieles para egercer el ministerio sacerdotal: á los monges que quedaban en los monasterios, se les daba libertad para egercer las funciones eclesiásticas aun con los seculares, pero esta objecion estaba reservada á los censores modernos: la sencillez de los tiempos antiguos no pensó jamás en hacer problemática la autoridad ni la sabiduría de la Iglesia relativamente á las mudanzas que tiene por conveniente hacer en los puntos arbitrarios de disciplina.

44. Queriendo en fin el Papa volver á entrar en Italia, fue de Nimes á San Gil, de aquí á Aviñon, y despues á Viena, en donde continuando con un celo infatigable las funciones de la solicitud pontifical, hizo dar al cuerpo de San Antonio los honores que merecian tan preciosas reliquias. Habian sido estas llevadas allí desde Constantinopla cerca de un siglo antes por un señor del pais llamado Goselino, que las colocó en una posesion suya llamada de la Mota, inmediata á Viena, en donde tenia desigño de edificar una iglesia (1). Habiendo muerto de repente, pasaron á sus herederos, y estos á su egemplo las llevaban á todas partes consigo, como su mas segura

(1) *Bolland. tom. 3. pag. 151. = Baill. 17. Jan. pag. 13.*

defensa. Urbano II tuvo por cosa indecente que anduviesen perpetuamente errantes por lo comun en medio de los peligros de la guerra, y entre las manos sangrientas de hombres entregados á las armas; é inmediatamente las hizo depositar en un oratorio que se construyó de prisa en el lugar en que debia estar la iglesia que se edificó despues en la Mota, y que por el pronto fue priorato de benedictinos, sacados del monasterio de Monte-Mayor de la diócesis de Arlés.

45. Hubo tambien desde entonces en el mismo sitio un hospital y una hermandad secular de hospitalarios para alivio de las personas acometidas de una enfermedad pestilente que hizo estragos espantosos en muchas de aquellas provincias: esta era una especie de fuego devorante que consumia con dolores inesplicables las partes del cuerpo en que se cebaba: con este fuego, ó mas bien con el remedio que habia preparado allí para él en las reliquias de San Antonio, queria Dios honrar á su siervo tanto en las Galias como en el oriente. Los enfermos encontraron pues en la iglesia de la Mota el alivio que inútilmente habian buscado en las oraciones y procesiones hechas en otros muchos parages. Algunos impíos que profirieron en esta ocasion ironías sacrílegas, fueron tocados de aquel contagio abrasador, que se llamó por esto fuego sagrado ó fuego de San Antonio; prodigio bastantemente comprobado por haber hecho impresion en el ilustre y sabio Pico de la Mirándula que le celebró en verso.

46. El concurso de los que venian á buscar re-

medio en las santas reliquias era tan continuo, que movió la conmiseracion y piedad de Gaston y su hijo Gironda, señores de aquella provincia, á consagrar tanto sus personas como sus bienes al alivio de los enfermos; y habiéndoseles unido algunos compañeros, formaron una hermandad que dió origen á la congregacion de canónigos regulares de San Antonio. En lo sucesivo se les trasladó al priorato de la Mota que el Papa Bonifacio VIII hizo abadía, cuyo superior general fue abad.

47. En medio de tantos y tan diferentes negocios, Urbano II se aplicaba con particularidad al objeto principal de su viage; esto es, al feliz éxito de la cruzada. La publicaba principalmente en los concilios que celebraba en el camino, y los obispos la predicaban despues en sus diócesis, á cuyo efecto recorrian todos los pueblos que en ellas se comprendian. Por otra parte, el celo y actividad infatigable de Pedro el ermitaño, parecia que multiplicaban su persona. La vehemencia de sus discursos y la reputacion de sus virtudes transportaban igualmente á los habitantes del campo que á los de las ciudades y de las cortes; y los pueblos le seguian en tropas. Le tenian tanta veneracion que se estendia hasta sus vestidos, á cuanto habia tocado, y aun al animal sobre que iba montado, del cual arrancaban pelos para conservarlos como reliquias.

Bien pronto se vió todo en movimiento en toda la estension de las Galias, en la Italia, en la Alemania, y hasta en las playas heladas de Dinamarca y

de la Noruega. En todas las clases había igual empeño en ponerse la cruz: los labradores abandonaban sus empezadas labores, y los artesanos sus talleres para alistarse bajo el estandarte santo: hasta los ladrones y los malhechores públicos confesaban sus pecados, y se ofrecían á espiarlos por medio de la guerra santa. Las mugeres, los viejos, los niños y tropas de clérigos, de monges y aun de reclusos, seguían con intrepidez, si no para combatir, por lo menos para dar su sangre en testimonio de la fe. Para proveer á los gastos del viage vendían sus posesiones al precio que quería dar el comprador, y aun las abandonaban como un simple donativo á las comunidades religiosas, con sola la carga de orar; por lo que adquirieron éstas bienes inmensos. Pero lo que mas edificó fue el ver que las enemistades y guerras particulares que había en la mayor parte de las proyincias cesaron de repente, igualmente que las violencias y robos. La justicia y la concordia parecía haber tomado las riendas del gobierno en todos los estados cristianos, para dejar á los fieles la libertad de llevar la guerra entre los enemigos de la Religion y de la virtud.

48. Entre los señores franceses que se dispusieron á marchar, los mas distinguidos fueron Hugo el Grande, hermano del Rey Felipe y conde de Vermandois, Roberto, duque de Normandía y hermano del Rey de Inglaterra, Raimundo de San Gil, conde de Tolosa y de Provenza, Roberto, conde de Flandes, Estévan, conde de Chartres y de Blois, y el famo-

so duque de Lorena Gofredo de Bullon, con sus dos hermanos Eustaquio y Balduino. Además de estos había un gran número de señores de menos consideracion, y una infinidad de caballeros. El primero que se puso en camino fue Gautier, mas valiente que opulento, llamado por esta razon el Pobre: salió el dia 8 de Marzo de 1096.

Fue seguido de Pedro el ermitaño, que de predicador de la cruzada pretendió ser general, pues se puso á la frente de un grueso cuerpo de egército, compuesto por lo menos de cuarenta mil hombres que había juntado en Francia y Alemania, la mayor parte sin disciplina ni esperiencia, y en fin, tan malos soldados como el capitan. No tardó en conocer que el talento de reclutar tropas no bastaba para conducir las y formarlas para la guerra, y así bien pronto se vió obligado á dividir su egército en dos cuerpos, de los cuales dió el mando de uno á Gautier el pobre, y se reservó el otro; pero si Pedro carecia de capacidad, la indigencia de Gautier privaba á este, sin embargo de su valor, de la autoridad necesaria á un general. A egemplo de Pedro el ermitaño, un sacerdote aleman llamado Godescalco, se puso á la frente de quince mil hombres, pero tan mal disciplinados que no pasaron de la Hungría, donde fueron hechos pedazos en castigo de sus escesos y robos. Otras muchas tropas salieron con el mismo desorden en esta primera campaña desde el mes de Marzo hasta el de Octubre.

49. Los mayores escesos que se cometieron fue-

ron efecto del celo mal entendido de una multitud confusa de cerca de doscientos mil hombres de á pie sin gefe y sin ninguna disciplina, los cuales creyeron que yendo á combatir contra infieles debian empezar esterminando los judíos que encontraban al paso. Subiendo por el Rhin y las provincias inmediatas desde Colonia hasta Worms, mataron sin piedad á todos los que pudieron descubrir de esta nacion. Los obispos tomaron su defensa, y Juan de Spira llegó hasta castigar con la muerte á algunos cristianos en esta ocasion; pero otros celadores sanguinarios se obstinaron por todas partes en no dar cuartel sino á los que recibiesen el bautismo, y la mayor parte de estos desgraciados querian mas perecer y matarse á sí mismos despues de haber degollado á sus hijos, para que fuesen delante y los esperasen, segun decian, en el seno de Abraham; las mugeres que no tenian resolucion para clavar el puñal en su seno, se precipitaban en los rios. Hubo sin embargo un gran número de judíos, hombres y mugeres, que se bautizaron en Tréveris; pero á escepcion del rabino Miqueo, que estaba á su frente y que se convirtió sinceramente, todos los demás apostataron el año siguiente.

Pedro el ermitaño que salió de los primeros para la tierra santa, se dirigió á Constantinopla, donde le esperaba un ejército de cruzados italianos: fue bien recibido del Emperador Alejo, el cual le aconsejó que esperase á los Príncipes cruzados para pasar al otro lado del Bósforo á las tierras ocupadas por los turcos. Bien pronto los robos y escesos de aquella

multitud indisciplinada hicieron mudar de disposiciones al Emperador, por lo que les hizo pasar inmediatamente el estrecho. Luego que llegaron á Nicomedia, los italianos y los alemanes se separaron de los franceses, cuya altivéz, decian, no podian sufrir, y nombraron por su gefe á Reinaldo, que á la incapacidad juntó la perfidia y la bajeza. Este se dejó bloquear en un fuerte, donde careciendo todas sus tropas de agua, y reducidos por la sed á sangrar los caballos para beber la sangre, murió el mayor número, quedando los demás tan lánguidos, que apenas podian llevar sus armas. Reinaldo entonces fingió querer pelear, pero habiendo ordenado á aquellos infelices en batalla, él fue el primero que se entregó al enemigo, dejándolos á la merced de los infieles, que con el sable en la mano se empeñaron en hacerlos renegar de Jesucristo; pero los sentimientos de la Religion y de la penitencia renacieron en su corazon en momento tan decisivo, y el mayor número confesando generosamente se dejó cortar la cabeza. Por otra parte la gente de Gautier el pobre, batida muchas veces, se vió precisada á encerrarse en un castillo cerca de Nicea, donde casi todos fueron reducidos á la esclavitud. Pedro el ermitaño, viendo por fin lo que debia esperar de aquellos á quienes no podia conducir, tomó el partido de volverse á Constantinopla, adonde acababan de llegar los Príncipes franceses en diversas tropas por mar y tierra.

50. Gofredo de Bullon, que fue el primero que llegó, habia venido por la Hungría, donde habia